

Cuando florecen las raíces

Encontramos con frecuencia árboles secos, troncos raídos o corroídos que nos hablan de un pasado en donde se quedó la historia. Por ahí pasaron gentes de distinta índole y condición. Algunos vieron que el árbol crecía. Alguien más cruel lo torturó con un hacha o una sierra. Y otros, indiferentes, pasaron de largo como lo hacen frente a la Madre naturaleza y aún frente a la vida.

Isaías, poéticamente, nos invita a abrir los ojos y mirar cómo brota un “vástago de las raíces del viejo Jesús”. También otro poeta nos alienta cuando dice: “Dios espera en donde están las raíces” (R. Rilke). Para recuperar nuestra esperanza tenemos que volver a las raíces. Y entonces logramos descubrir cómo del tronco reseco, allá en lo alto de la cima hay flores, los ensueños de la vida que dan sentido y abren horizontes.

El gran N. Kazantzaki ya nos lo había dicho: “Hermano almendro, ¡Háblame de Dios! Y el almendro se cubrió de flores”. Las flores son el lenguaje fascinante de Dios en su esplendor y belleza. Y así mismo, nos van apalabrando de la esperanza, abriéndonos sus senderos floridos para exclamar con el beato Albino Luciani: “Somos los hijos de la esperanza, el estupor de Dios”.

“Siempre hay flores en el mundo para quien lleva un jardín en el alma”. Cultivar este jardín, alimentarlo con la enjundia de nuestros sueños, darle todo el cuidado de nuestro optimismo y energía vital, son condiciones para que la humanidad no se sienta en sombras de muerte y logre descubrir más allá, en olor y visión, la fragancia del futuro, sazonado como realización plena de lo imposible.

Cochabamba 04.12.22

jesús e. osorno g. mxy

jesus.osornog@gmail.com